

como en todas las criaturas. He aquí la objecion en toda su fuerza, y al par en toda su debilidad; porque si *Dios es todo, todo es Dios*, y hé aquí que su esceso mismo absorbe la personalidad divina, y he aquí que los extremos se tocan.



## CAPITULO VII.

### RELACION FINAL DEL PROTESTANTISMO CON EL SOCIALISMO.

Nos propusimos demostrar hasta el fin el movimiento del Protestantismo hácia el Panteismo, y presentar, desde el origen del Cristianismo, la heregía, bajo sus mil nombres y bajo sus mil formas, girar siempre por ese círculo del Panteismo, por donde hubiera conducido el mundo á la disolucion de la cual le sacó el Cristianismo, si la Iglesia católica, por el prodigio de su exencion del error universal, no hubiese constantemente burlado sus proyectos, y alta é invenciblemente mantenido el sagrado depósito de la fe y de la civilizacion cristianas.

Ahora, empero, nada hay tan fácil como demostrar, que el desencadenamiento del mal, que bajo el nombre de Socialismo y de Comunismo, pone en nuestros dias esta civilizacion en problema, no es otra cosa sino la aplicacion en grande de este Panteismo de este Hegelianismo protestante, combinado con el Naturalismo,

cuyo origen comun hemos asimismo manifestado hallarse en el Protestantismo.

Hemos hecho ver ya el Racionalismo frances nacido de la escuela escocesa, terminar en la escuela alemana, y transformarse rápidamente en Eclectismo, en Syncretismo y en Panteismo. Hégel ha pasado á Francia en el Sr. Cousin. El Sr. Abate de Valroger por sus tan juiciosos y delicados como sólidos *Estudios críticos sobre el Racionalismo contemporáneo*, ha puesto en su mayor evidencia la identidad de las dos enseñanzas en Francia y en Alemania. Esta obra excelente nos dispensa de entrar en pormenores sobre este punto: bástanos referir á ella á nuestros lectores; y ademas la verdad de esta relacion ha quedado tan completamente justificada en sus consecuencias, que seria hasta trivial en el dia el insistir demasiado en el empeño de hacerla resaltar.

Mas de treinta años hace que el Panteismo protestante ha pasado la frontera con el Sr. Cousin, y que este prestigioso talento, en las diversas peregrinaciones que hizo atravesando la Alemania en 1817, 1818, 1824, y en las relaciones que tuvo con Wette, Schleiermacher, Jacobi, Schelling, y con el mismo Hégel, contrajo el mal de este error pestilencial, cuyos gérmenes trajo á Francia, como cincuenta años antes Voltaire habia traído de Inglaterra los del Filosofismo.

De estos gérmenes sembrados con toda la destreza de un talento que sabia ocultar el plagio bajo las formas de la inspiracion, (1) y recibidos por un terreno

(1) Gracias, escribe el Sr. Damiron, gracias á esa feliz flexibilidad de espíritu que tomando tan presto una habitud como dejando otra, se amolda á todo, hasta el estranjerismo, no tardó en poseer las opiniones y el lenguaje de un filósofo aleman. Se apoderó, desenvolvió, esprimió las ideas de su maestro, como si de su boca las hubiese recibido, y llevó la fidelidad de la imitacion hasta el germanismo: pareció un *apóstol*. Este modo de quedar poseido de sus ideas, esta facilidad de bosquejar en cuadros abstracciones metafísicas, esta vi-

que el Filosofismo, el Naturalismo y el vacío de toda creencia habian hecho maravillosamente propio para dejarse penetrar por ellos, nacieron las doctrinas *fatalistas, humanitarias y progresistas*.

La *Filosofía del éxito*, cuyas delirantes doctrinas hemos ya dado á conocer, inspiró la historia, y acostumbró á las almas á no indignarse, á no coninoverse sino por el solo placer de la emociion, tanto á la vista de las mas horribles atrocidades, como de las mas angélicas virtudes; a no ver mas en ellas que un fatal é inevitable acontecimiento de la idea revolucionaria, un drama en donde el personaje que mas horror inspira es el mas aplaudido, porpue desempeña mejor su papel, y en el que se perdonan todos los crímenes precisamente por el efecto que producen, y por el éxito que obtienen. Desde la *Historia de la Revolucion* del Sr. Thiers, que ha á lo menos resarcido por la del *Consulado*, hasta esos *Girondinos* de Lamartine, despues de los cuales no hay mas que llorar sobre el Angel de las *Meditaciones*, pues, lo que hace su crimen forma asimismo su castigo, toda la historia estuvo consagrada al culto de la necesidad, y á la violacion de esta conciencia del género humano,

vacidad de espíritu, estos arranques de golpe de vista, estas esplosiones de conciencia de que se componian sus improvisaciones á la vez tan animadas y tan serias, tan fáciles y tan imponentes, y hasta sus debilidades, que presentaban las trazas de un espíritu que descansa de la inspiracion, todo era de un poeta. (*Globo*, número del 6 de noviembre de 1824).

No podia concebirse en Berlin cómo importaba él á Francia una doctrina, sin ni aun nombrar su autor, y Hégel se chanceaba de este proceder con una indulgencia algo satírica. Yo no creo que el Sr. Cousin haya querido engalanarse con lo que no es suyo; pero, llevado de su imaginacion, ha creído haber concebido por sí mismo lo que habia aprendido de otros. Con la mejor buena fe del mundo, haciendo una amalgama de Kant y de Hegel, persuadióse haber creado alguna cosa. (Lerminier, *Cartas filosóficas á uno de Berlin*. 1833).

cuya abolicion parecia imposible á Tácito, y que nuestros historiadores modernos, debiendo ser sus vengadores, no han tenido reparo de inmolar sobre las aras de la opinion á los monstruos mismos que ellos debian sacrificarle. ¿Quién podrá decir cuán inmensa parte ha tenido este fatalismo histórico en pervertir el sentido moral, y en emponzoñar la fantasía? Y al mismo tiempo ¿quién será capaz de poner en duda que su origen no esté en el Panteismo protestante importado de Alemania, y anteriormente en la doctrina teológica del esclavo árbitro y de la justificacion por la fe?

Ni fué solamente la historia, sino la Filosofía en sus mil cátedras pagadas por el Estado, el Periodismo con sus romances de folletin, en que se deleitaba la clase media conservadora, la economía política por todas las plumas y todas las bocas de nuestras academias, el arte dramático por todas sus representaciones teatrales, todas las producciones, en una palabra, del espíritu humano, las que infiltraron en las venas del cuerpo social el veneno del Hegelianismo, por la glorificacion de todos los vicios, la censura de todas las instituciones, el ultraje á la Religion en sus mas sagrados caracteres, la sublevacion, de todos los malos instintos de envidia, de revuelta y de licencia contra las leyes de la naturaleza y de la sociedad. El Catolicismo era el único, que por medio de los gemidos y de las proféticas alarmas de sus pontífices protestaba contra esta general inundacion y solo recogia por pago los enojos y los desprecios de los que iban á ser sus víctimas.

No hay duda que se han visto en otros tiempos escritos impios y licenciosos; pero lo que no se habia visto, es la impiedad erigida en religion, y la licencia en moral; es la violacion de todas las leyes bajo el nombre de reforma, la barbarie bajo el nombre de progreso; es, en fin, el genio del mal bajo el santo nombre de Dios.

Formáronse religiones con sus reveladores, sus ministros, sus símbolos, su apostolado; y el ídolo de estas religiones era la *Humanidad*, el *Progreso*, teniendo á Dios por esencia, por leyes las pasiones, por medio la destruccion de todas las instituciones sociales, y por objeto final el caos de las teorías mas estravagantes y mas inmorales.

Tales han sido sucesivamente el San-Simonismo, el Fourierismo, el Socialismo y el Comunismo, cuyo fondo era el mismo: la doctrina del progreso continuo, la legitimacion de las malas propensiones, la emancipacion de la materia, la marcha de Dios en la humanidad al traves de las ruinas de todas las instituciones sociales, en una palabra, el Panteismo.

El poder destructor de esta doctrina es aterrador, y cien veces mas grande que el del mal hasta entonces reputado por el mayor. Un hombre que no cree ni en Dios ni en un juicio futuro, es muy peligroso sin duda; pero el que á esta monstruosidad añade la de creerse él mismo Dios, juez soberano y absoluto de todo cuanto existe, es un verdadero loco de atar. Esta locura, pues, es la del Panteismo, de la doctrina de la Humanidad-Dios, y siempre Dios, cada vez mas; bien que los últimos venidos son la mas alta expresion de Dios, y se creen realmente con la mision de reformarlo todo, de crearlo todo, es decir, de destruirlo todo y de aniquilarlo todo, que niegan, que atacan á Dios, al hombre, á la sociedad, todo con la audacia inconcebible de un delirio que se cree ser la sabiduría divina, y la fuerza brutal que se cree investida del derecho divino, sublevando las pasiones mas salvajes, desencadenándolas y arrojándolas sobre el mundo como los rayos de su divinidad. Nada hay ya mas allá de este horror, pues es el infierno, y el infierno armado con el poder del cielo para desolar la tierra.

Mas no se crea que hayamos acabado de manifestar

todo el peligro de esta situación, única en la historia, y de la cual ha hecho temer que no fuese el término.

En la primera parte de esta obra hemos demostrado como el Protestantismo, por medio del principio del libre exámen, habia conducido el mundo al Naturalismo.

Manifestamos en la segunda, como apartándose de la doctrina católica, habia, como todas las demas heregías, degenerado en Panteísmo.

El Naturalismo habia al principio causado solo sus estragos, y su fruto fué la revolucion del siglo décimo octavo. Grande mal fué este, pero no el peor.

El Naturalismo habia dejado un espantoso vacío, el vacío inmenso de Dios, en el seno de la naturaleza humana. De este vacío del Infinito debia salir el Panteísmo, seguido del Socialismo, como del *pozo del abismo* de que se habla en el Apocalipsis: *Una vez removida la piedra que lo cierra, y sobre la cual descansan las sociedades, sube un vapor semejante al humo de una gran hoguera, que oscurece el sol y el aire; y salen sin número aquellos animales misteriosos, con cara de hombre, cabellos de mujer y dientes de leon, llevando todos igualmente en su cabeza una corona de oro, preparados para el combate, y teniendo por rey al Angel del abismo, que se llama el Esterminador.* (Cap. ix; 2-11).

Si la ausencia de toda creencia hubiese sido en esta última época tan general como en el siglo décimo octavo, si el Naturalismo y el Panteísmo se hubiesen encontrado en su apogeo, hubiera tenido fin la sociedad. Pero ¡felizmente, cuando reinaba el Naturalismo, el Panteísmo social no habia aun aparecido, y Babeuf llegó demasiado tarde! ¡Felizmente tambien, cuando el Panteísmo hizo su aparicion, y Proudhon acaba de llegar, el Naturalismo habia perdido terreno y Voltaire se iba ya!

Y nótese bien, en efecto, (1) que lo que hace audaz al Socialismo contra la sociedad es el peligro de esta; y este peligro no consiste solamente en que el Socialismo esté desencadenado, sino que consiste principalmente en que la sociedad está desmantelada. La propiedad y todas las instituciones sociales no se verian tan peligrosamente atacadas, si no se hallasen tan en estado de serlo; y lo que hace la fuerza del Socialismo es la flaqueza de la propiedad y de la sociedad. Y ¿de dónde viene que la propiedad y la sociedad sean tan débiles? ¡Ah! porque los títulos de la propiedad, porque los fundamentos de la sociedad están en el cielo, en la fe, en la esperanza, en la caridad, en la moderacion, en la paciencia, en todas las convicciones, en todas las virtudes cristianas, que suponen la otra vida, y que por la perspectiva del goce anticipado de la recompensa que allí nos espera, hacen aceptar los rigores y las injusticias aparentes ó reales de la presente, aumentan, por la resignacion, la fuerza que las soporta, disminuyen por la caridad la superioridad que las impone, y las hacen mirar como disposiciones preparatorias de la Providencia, cuyas miras son la prueba por el combate, y cuyo fin es la felicidad por la justicia.

Suprimid todo este orden de cosas celestes y ulteriores que forman el contrapeso al orden terrestre y actual, y este pierde todos sus títulos, todos sus lazos, todos sus fundamentos, y se disuelve al menor choque. Dígase lo que se quiera, la propiedad y todas las desigualdades sociales ni se esplican ni se justifican siempre por sí mismas. Si son muchas veces el fruto del trabajo ó la recompensa del mérito, muchas otras son tambien la suerte ó el patrimonio de la indolencia y de la estupi-

(1) Importa mucho que el lector entre aquí en el espíritu de la nota que corresponde á la pág. 163. Y solo con la luz que da esta nota se ha de leer lo que sigue.

dez, y hasta alguna vez la presa del vicio y de la iniquidad. Y aun cuando admitiéramos la enormidad de que la riqueza y todas las distinciones del bienestar son siempre merecidas por aquellos que las poseen, quedaria otra para devorar, y es, que todos cuantos yacen en el sufrimiento y en la miseria lo tienen igualmente merecido; y que si la Justicia suprema descendiese á la tierra para dar á cada cual lo que le es debido de los bienes de este mundo, nada tendria que cambiar en su reparticion. ¡Cuántas fatigas solitarias, cuyos sudores y lágrimas caen sobre un suelo que no se les devuelve! ¡Cuántas virtudes dignas de un trono, y que tienen apenas un asiento junto á un hogar ya estinguído! Y además, ¿se han tomado en cuenta todas las tentaciones de la miseria, de la necesidad, de la desesperacion, del aislamiento ó de las malas compañías, y aquella disminucion de la dignidad y de la confianza propias, que es como la degradacion interior de la abyeccion externa, y que puede aplicar á la pobreza lo que decia Homero de la esclavitud, que el día en que toca una alma, le hace perder la mitad de su virtud? Admito, por fin, que todas las cosas en méritos y en dificultades estén iguales y mezcladas entre los pobres y los ricos, queda siempre en pié la cuestion: ¿Por qué estos son ricos, y por qué aquellos son pobres? ¿Por qué el mayor número sufre falta de lo necesario, y el menor número nada en lo superfluo? Decir que esto es en sí justo, es la mas insolente de las paradojas: decir que esta injusticia es necesaria para el mantenimiento de la sociedad, es descubrir esta sociedad á los golpes del Socialismo, y justificar todas las teorías de aquellos que quieren el total trastorno de la sociedad para rehacerla de nuevo: decir, en fin, como Voltaire, que la sujecion del pueblo por el poder del oro es el último término de las cosas: esto es, hallarse en el verdadero Naturalismo, pero en un verda-

dero Naturalismo tan peligroso como horrible. En una palabra, si no hay otra vida que dé un sentido á la presente; si no hay bienes futuros infinitos cuya reparticion deba verificarse en razon del mérito, así como esta se verifica en razon de la prueba; si estos mismos bienes futuros no se hacen al propio tiempo bienes presentes, y si la fe no toma en cuenta su esperanza en provecho de la caridad y de la justicia, y si esta esperanza no constituye valores reales que circulén en la sociedad entre la pobreza y la riqueza; en una palabra, si toda esta admirable economía política del Cristianismo queda suprimida, el Socialismo, tan monstruoso como es, no llega á serlo tanto como una tal sociedad.

Haced tantos libros como querais sobre la propiedad; defendedla por las razones mas naturales, mas sensatas, mas ingeniosas, todas las cuales, por fin de cuenta, podrán ser convertidas contra vosotros mismos, yo suscribo á todas ellas: mas hay un libro anterior y superior á los vuestros, en el cual está escrito que todo hombre ha nacido igualmente para ser feliz, infinitamente feliz; para ver todos sus sudores contados, todas sus lágrimas enjugadas, todas sus miserias terminadas, todos sus méritos retribuidos, toda su sed de justicia y de orden moral satisfecha: este libro es el corazon del hombre, y su autor es Dios. El Socialismo es una verdad en su punto de partida, que es esta promesa de felicidad, de justicia y de equitativa reparticion de bienes en razon de las obras, escrita en el corazon del hombre; y si halla tanto séquito en las masas, es porque las coge por este medio. En lo que es falso, criminal, monstruoso, es en lo que está de acuerdo con vosotros, á saber, que no hay otra vida en la cual esta promesa tendrá su cumplimiento; porque la negacion de esta otra vida desencadena en la presente todos los apetitos del hombre.

Hay, pues, en el Socialismo, como en todo error, una

cosa verdadera y una cosa falsa, que forman pareja. La cosa verdadera es la vocacion igual de todo hombre á la felicidad; la cosa falsa es la negacion del cumplimiento de esta vocacion en otra vida.

Vos, pues, conservador racionalista; vos os hallais de acuerdo con el Socialismo en lo que tiene de falso, que es la negacion de la otra vida; y no estais de acuerdo con él en lo que tiene de verdadero, que es el derecho del hombre á la felicidad. Y así solo os diferenciáis de él por una negacion de mas.

De este modo, la sociedad racionalista no puede defenderse contra el Socialismo sino colocándose en lo falso completamente, añadiendo á la negacion de la otra vida la negacion del destino del hombre á la justicia y á la felicidad.

Mas ella se defiende muy mal, aun á este precio, por una muy sencilla razon, y es, que no tiene en su mano el disuadir al hombre de ser llamado á la felicidad, como lo tuvo el disuadirle de la fe en otra vida. Negando esta, no ha querido hacerse cargo de aquella, y esta no puede hacerlo; y esta imposibilidad, junta á aquella negacion, constituye la fuerza del Socialismo.

La fe es como una válvula de seguridad por la cual se escapan ó se exhalan todos los deseos y todas las esperanzas que tienen su mas ardiente foco en el corazon del hombre, y que no hallan todo su cumplimiento en esta vida. Cerrar esta válvula sin poder extinguir aquel foco, es preparar la explosion.

Así es como el Naturalismo conservador es culpable del Socialismo en primera línea. El Socialismo, propiamente dicho, no difiere del Naturalismo, sino en que atiza el fuego que este quisiera apagar, y convierte en furor lo que el otro quisiera convertir en embrutecimiento.

Solo el Cristianismo, ¡gloria á él! resuelve el problema

sin desencadenar el hombre y sin embrutecerle. Esta verdad de la vocacion de toda humana criatura á la felicidad, de lo que el Socialismo se hace una arma contra la sociedad que quisiera en vano esquivarlo, la acepta: la toma, ó mas bien, la recobra, porque le pertenece como toda verdad, y se la habian usurpado. Mas á esta verdad junta otra, que el Naturalismo y el Socialismo niegan de concierto: tal es la verdad de otra vida, y la fe en una remuneracion futura, en una equitativa reparticion de bienes en razon de las obras, en una final revolucion, que pondrá para siempre al pobre Lázaro en la gloria, y al mal rico en los infiernos. Y de este modo el Cristianismo completa la verdad que hay en el Socialismo, así como el Naturalismo completa el error. Difiere del Socialismo, en que este coloca el término de la miseria humana mas acá del sepulcro, y el Cristianismo lo pone mas allá; en que el Socialismo quiere realizar el cielo en la tierra, y con bienes cuya insuficiencia absoluta vuelve infernal su participacion, y el Cristianismo lo realiza en la otra vida, y con bienes que por ser infinitos colman los deseos del hombre, y cuyo gusto anticipado y esperanza son ya una dicha en este mundo. Y como da el derecho á estos bienes futuros por premio del respeto á los bienes presentes por parte de los que de ellos están privados hácia aquellos que los poseen, y por premio de los socorros que con los mismos dispensan estos á aquellos, da con esto títulos á la riqueza, un alivio á la indigencia, una justificacion y un correctivo á la enorme y tiránica desigualdad que de una y otra resulta, y fundamentos eternos á la sociedad.

Retó á cualquiera que explique esta de otro modo con nuestras costumbres cristianas; retó á otro que la justifique, y que justifique toda esa amalgama de que se compone; y su última palabra han de ser las blasfemias

espantosas de Proudhon, si el Cristianismo no es la primera.

Esto es, no hay que dudarlo, lo que ha hecho posibles estas blasfemias, hasta ahora inauditas; esto es lo que ha dado una actitud plausible al Socialismo. La sociedad se habia adormecido en el Naturalismo y en la posesion de los bienes presentes por sí mismos: el rico se habia encerrado en su fortuna, el industrial en sus especulaciones, el ambicioso en su posicion, el hombre de Estado en su poder, la sociedad entera en esta vida: se habia concluido ya con los viejos dogmas, y se les daba honorífica sepultura: no se habia espulsado á Dios, pero se le habia despedido con política; hacíanse grandes reverencias á la religion y á sus ministros, y se cubria con el oropel del respeto el menosprecio de sus lamentos; se asistia como á un espectáculo á las elocuentes protestas del Sr. de Montalembert, y se le toleraban por el placer de escuchárselas; dejábase al obispo de Chartres que profetizase, y se leia con furor á Eugenio Sue; se toleraban las reclamaciones del episcopado, y se daba la contraseña á todos los profesores de Filosofía contra la Religion, y á todos los maestros de las aldeas contra el cura; por fin, con respecto al Cristianismo se habia tomado la posicion media entre el respeto exterior y el desprecio secreto, y la petulancia humana habia llegado á tal extremo, que creia poder sostener en el aire al mundo sin su Autor, y conjurar el desórden por medio de la corrupcion.

De repente llama á la puerta un recien venido, y este es el Socialismo. Y pide á la propiedad sus títulos, á la industria sus cuentas; á la ambicion sus derechos, al hombre de Estado sus principios, á toda la sociedad sus fundamentos; y á tan imprevista interpelacion quedan todos sin palabra, no saben qué responder, pierden el sentido, se escapan ó se enfurecen.... ¡Por dicha el

Cristianismo se encontraba allí para responder al Socialismo! ¡Por dicha un movimiento de retorno hácia él se habia, desde algun tiempo, declarado en las almas! ¡Por dicha el nombre santo de Pio IX, estendiéndose por el mundo, habia amansado el leon popular que la religion pudo hacerse seguir moderándole, y el sacrificio heróico de un *buen pastor* logró rescatar con su sangre la civilizacion que se hallaba en peligro en la capital de su imperio!

Desde entonces el Catolicismo ha sido la única fuerza existente, la sola columna que ha quedado en pié, que han venido á abrazar aquellos mismos que se divertian en demolerla, y en la cual deben venir á apoyarse todos cuantos quieran ahora levantar otra vez el edificio.

Desde este momento queda ya juzgada la cuestion. La esperiencia que empezó en el siglo décimo sexto ha dado sus últimos frutos. El Protestantismo directo ó indirecto, religioso, filosófico, político ó social, el espíritu de revuelta, en una palabra, en todas sus aplicaciones y en todas sus faces, pudo producir sucesivamente ilusion al favor de las verdades de fe, de justicia, de humanidad, de libertad, de fraternidad, que tomaba al Catolicismo, y por las cuales imitaba la vida y el progreso. Mas el error, cuyo destino es desenvolverse en detrimento suyo, y perderse al llegar á su colmo, ha parecido descubierto á toda luz en sus consecuencias; y todos estos semblantes de verdad y de vida han desaparecido, dejando en pos de sí la decepcion y la ruina.